

Notas sobre noviazgo y boda: SEPULCRO HILARIO

La boda, punto central del tránsito entre dos situaciones vitales, la soltería y el matrimonio, forma parte de uno de esos ritos designados como ritos de pasaje, de tránsito, etc., según la terminología de los diferentes países y especialistas que los acuñaron. Pero ¿qué entendemos por ritos de tránsito? La misma palabra «tránsito» proporciona una primera pista. Es incuestionable que la vida humana no es una sucesión constante y homogénea, sino muy al contrario, el hombre tomado como ser individual en sociedad, se enfrenta a lo largo de su vida a momentos muy definidos en los que «algo fundamental» va a cambiar. Entendida así la vida se presenta como un proceso continuo de crecimiento, en el que el individuo no se encuentra solo, abandonado a sus propias fuerzas, sino que es parte de un «mundo» o mejor de «su» mundo, en el que se incluye su entorno físico y fundamentalmente su entorno humano, es decir la sociedad en la que se encuentra inmerso y en la cual debe desarrollar su existencia.

La dicotomía entre lo individual y lo social como polos encontrados se resuelve aquí sintéticamente integrándose ambos en una misma realidad humana inseparable. Todo lo que afecte al «yo» personal tiene su proyección social, y viceversa.

Volvamos de nuevo al punto central de todos estos ritos. Sí, es cierto que el hombre sufre una transformación, un «cambio» ¿pero en qué consiste, de qué realidad hablamos cuando pronunciamos esta palabra? En primer lugar es transformación biológica, el cuerpo propiamente dicho desarrolla nuevas posibilidades. Pero si el cuerpo cambia, sufre el cambio, no es menos cierto que la raíz profunda del individuo se transforma y se conmueve. Un verdadero cataclismo se está produciendo en su interior. Una parte de su «ser» está muriendo y dramáticamente, de las ruinas de lo que fue, asiste al nacimiento de una intimidad más plena. Se consume, pues, un cambio cualitativo, un proceso casi místico sustancial y trascendente. Entramos de lleno en el plano de lo maravilloso; sin la intervención de la divinidad el hombre por sí solo es incapaz de consumir el paso. El rito funciona como actualizador del poder supremo como escisión en el tiempo y en el espacio, trascendiendo de este modo la realidad cotidiana para dar paso a esa otra realidad metafísica y trascendente, cualitativamente diferente, única en la que es posible ese «cambio» sustancial en el individuo. El ritual es el puente que une las dos orillas infinitamente distantes de lo cotidiano y lo «maravilloso».

A este proceso los restantes miembros de la colectividad no asisten impasibles, sino que también ellos son actores responsables en mayor medida según la relación íntima que se tenga con el interesado. La plasmación social de esa transformación se manifiesta en el nuevo «status» que el individuo va a adquirir, su nueva situación en el conjunto del grupo humano.

Este paso de un estado a otro tiene su paralelo y es incomprensible sin el proceso íntimo arriba señalado. Se puede adquirir un nuevo status social, formar parte de una sociedad de iniciados siempre que se tenga el mismo «grado de ser», en definitiva que se sea igual ontológicamente hablando, y ciñéndonos al caso del matrimonio el individuo que va a adquirir ese nuevo estado precisa un cambio profundo de su ser. El rito de boda, y todo lo que le rodea antes y después, como formando parte del mismo ritual adquiere su sentido profundo entendido a la luz de esa realidad y no como una simple formalidad social que parece ser en la forma a la que ha quedado reducida.

Como punto final de estas líneas introductorias nos resta por decir que todos estos ritos de Tránsito siguen una progresión determinada, una secuencia, en continuo crecimiento hasta alcanzar el momento culminante del ritual para ir disminuyendo la tensión progresivamente hasta el desenlace definitivo. La secuencia mencionada se puede subdividir en tres momentos fundamentales, comprobables en todos los rituales de tránsito; son los siguientes según Van Gennep:

- A) Rito de separación.
- B) Rito de espera o expectativa.
- C) Rito de agregación o aneión.

En los tres se puede apreciar claramente el proceso de progresiva dramatización que se consume con el rito final de aneión superando definitivamente la incertidumbre e inseguridad propia de una situación de crisis vital.

Gómez Tabanera, siguiendo siempre muy de cerca al teórico del tema Van Gennep, hace su propia división totalmente paralela a la anterior:

- A) Iniciación.
- B) Intermedio.
- C) Desenlace.

Hechas todas estas salvedades que creemos fundamentales vamos a encararnos con este rito de tránsito propio del paso de la soltería al matrimonio en tierras salmantinas.

Las notas que van a continuación no pretenden ser ni mucho menos completas, consecuencia de la falta de lugar. La mayor parte están referidas a Sepulcro Hilario pueblo perteneciente al «campo», denominación diferenciadora de la otra unidad geográfica próxima a la «sierra». El pueblo está inmerso en la subcomarca del Campo de Yeltes, parte integrante del Campo Charro o de la Charrería según las definiciones respectivas de Llorente Maldonado de Guevara.

La producción es mixta, agrícola y ganadera, propia del país.

Sus habitantes, según el libro de Sánchez Aires, escrito a principios de siglo, se dedicaban por aquellas fechas preferentemente a la agricultura y carboneo, elaboración de queso y fabricación de tejas y ladrillos. Como en todos estos pueblos existen extensas propiedades ganaderas, que si no alcanzan a igualar a ciertas familias conocidas en toda la provincia, por lo menos contribuyen a la existencia de una cierta desigualdad económica que se manifiesta de forma muy intensa en las relaciones entre uno y otro sexo sobre todo durante el noviazgo.

Los lugares de encuentro suelen ser generalmente la plaza durante los bailes que se celebran todos los domingos, la fuente o el río a donde van las mozas por agua o a lavar la ropa y finalmente en el campo durante las faenas propias y al ir o al venir.

También son normales los encuentros con motivo de las fiestas patronales o romerías colectivas, a las que asisten gentes de pueblos distantes.

Los jóvenes solteros tanto varones como hembras componen su propia sociedad fuertemente solidaria entre todos sus miembros, que dura hasta el momento en que se inicia una relación de pareja, relación que no está exenta de incertidumbres y que se plasma en todo un ritual de simulación y secreteo hasta la «entrada en casa». A partir de entonces la inestabilidad queda superada en buena parte a costa de la inquebrantable promesa de matrimonio. Hasta ese momento ninguna de las dos partes se compromete seriamente, incluso las familias respectivas procuran evitar todo tipo de trato, precaución comprensible.

El baile merecería ya de por sí todo un estudio detallado; en él se da todo un mundo de relaciones subterráneas entre mozos y mozas, se estudian miradas y movimientos, se ponen, en definitiva, en juego todas las artes sutiles del enamoramiento. Los detalles más nimios se interpretan a tenor de sus propios códigos culturales.

Dos bailes seguidos con la misma moza suponen la existencia de una relación de pareja, el noviazgo informal comienza. Poco a poco mozo y moza van desgajándose de sus grupos, para encontrarse cada vez más solos procurando evitar miradas indiscretas.

El mozo acompaña a la moza después del baile, pero en un primer momento no llegaban hasta la puerta de la casa, sino que se quedaban a cierta distancia. La moza era la que llevaba la iniciativa a la hora de intentar una nueva aproximación o permanecer en el lugar.

Poco a poco se iban acercando hasta llegar a la puerta de la casa, siempre que los padres estuvieran de acuerdo, en caso contrario se quedaban donde pudieran. Conviene fijarse en el papel central que juega la casa de los padres de la novia fundamentalmente, cargada de contenidos, esperanzas y tabúes. La aproximación ritual es un indicio clarísimo, culminando con la formalización que supone el que el novio traspase el umbral. Hasta ese momento solían pasar dos o tres años de relaciones subterráneas.

Pero detengámonos un momento y consideremos de nuevo a los grupos de mozos en su conjunto. Las perspectivas de futuros emparejamientos se empiezan a forjar en su seno produciéndose poco a poco una progresiva individualización de los interesados. Estas relaciones heterosexuales intergrupales se plasman en dos momentos cruciales: las Rondas y los Muelos. Las primeras se efectuaban durante la noche preferentemente los sábados, asistiendo los mozos en pandas a rondar a la casa de cada una de las mozas. Solían cantarse canciones relativas siempre a ese emparejamiento que todos, en mayor o menor escala esperaban. Este es un ejemplo:

*«Levántate morenita, levántate resalada,
levántate morenita que ya viene la mañana.
Levántate,
que ya es de día, que ya se ve,
que ya es la hora de verte a ver».
«La mañana ya ha venido
el día ya lo veremos,
las buenas mozas buscamos, las malas no las queremos,
levántate,
que ya es de día, que ya se ve
que ya es la hora de verte a ver».*

Basilisa Castaño

Y otras muchas por el estilo con una variante más o menos picante y satírica.

Al terminar la canción los mozos proferían un grito muy peculiar denominado «jigeo» que en algunas ocasiones se lanzaba como reto del galán a sus rivales. No pocas peleas han tenido lugar entre pandas enfrentadas, ya que el individuo se encuentra siempre respaldado por los mozos de su grupo.

Los Muelos son, según definición de Dámaso Ledesma, «los cantos que los mozos entonan subidos a los carros cargados con los costales de grano dispuestos ya para su encierro en las paneras. Son siempre cantados al unísono y en coro. En las letras y los ritmos se aprecia una mayor libertad». Una vez más las labores del campo son el pretexto, telón de fondo de las expansiones moceriles.

Los temas denuncian las mismas ansiedades que las canciones de ronda, he aquí algunas:

*«Eres alta y buena moza
como junco de ribera,
de las mozas de este pueblo
tú te llevas la bandera».*

Basilisa Castaño

A las presuntuosas va dedicado este:

*«Eres alta y buena moza,
niña no presumas tanto
que también las buenas mozas
se quedan pa vestir santos».*

Basilisa Castaño

En todas estas canciones son los grupos de mozos los que llevan la iniciativa como solteros eligiendo novia. Una vez que se decide al inicio de una relación es, sin embargo la moza la que le acepta o no.

Ejemplo de rechazo colectivo de lo menos diplomático es esta:

*«Eres alta como un huevo
derecha como una hoz
blanca como una morcilla
buenas noches nos dé Dios».*

Basilisa Castaño

La que se espera alguna andanada de este tipo procura por todos los medios no toparse con el carro como es natural. A todo esto, bueyes y carros se engalanaban profusamente con cintas de diversos colores.

Los piques entre las mozas eran normales; en el lavadero se aprovechaba también para sacar a relucir las rencillas personales:

*«Ese novio que tú tienes,
antes lo he tenido yo
me alegra que te diviertas
con lo que deshecho yo».*

Basilisa Castaño

Llegamos por fin a la pedida. Cuando el novio se decidía a dar este paso sabía que era para casarse. Esa misma noche o al día siguiente se reunían las dos familias en casa de la novia a cenar y fijar el día de la boda y demás detalles. Entre él y ella solía haber un intercambio ritual de regalos consistente de ella a él en la camisa con el típico «deshilao» y botón de oro, y él a ella un pañuelo u otra prenda.

Uno y otro estaban obligados a lucirlo el día de la boda.

A partir de entonces las relaciones toman un nuevo giro, uno y otro actúan ya a la vista de todos como pareja. Al baile, la novia sólo acude si le acompaña su mozo. En caso de que éste tuviera que ausentarse del pueblo para cumplir el servicio militar, la novia le guardaba la ausencia, aunque podía acudir al baile en cuyo caso no bailaba más que con los amigos del novio o hermanos de éste si los tenía.

Un nuevo avance hacía el matrimonio lo constituían las amonestaciones, siempre en número de tres «pregonadas» por el cura durante tres días o domingos consecutivos. El día de la segunda amonestación se hacía una fiesta tanto en casa del novio como en la de la novia, acudiendo las amistades para dar la enhorabuena. Este es el primer momento en que se da cabida a la comunidad como participe en el futuro casamiento.

El convite solía consistir fundamentalmente en «chochos» (altramuces). La frase ritual que se decía era la siguiente:

«Que sea enhorabuena para bien y muchos años».

Y esto tanto en una como en otra casa.

La costumbre del convite es prácticamente general aunque puede trasladarse al día de la primera o tercera amonestación, según los casos.

Cuando se hacía el segundo pregón era costumbre que los novios confesaran y comulgaran, acompañados cada uno por sus respectivos mozos y mozas amigos, según se trate de él o ella. Luego se les acompañaba a casa.

La boda se celebraba por regla general en sábado, pero ya el jueves anterior se reunían las mozas amigas, la novia y la cocinera que se contrataba para el caso, en la casa donde se celebrará el banquete. Los preparativos de todos estos días anteriores participaban ya del ambiente festivo, podríamos decir que la boda había comenzado.

Ya desde las amonestaciones los mozos y mozas amigos de los respectivos novios van a acompañarlos y servirlos como si de un nutrido cuerpo de servicios auxiliares se tratase. De entre ellos destacan una pareja, mozo y moza al servicio del novio y de la novia, de nombres tan significativos como «cabestro» y «cabestra». Su misión es servir y acompañar a los novios y suele tratarse de sus amigos más íntimos.

La víspera de la boda por la tarde el tamborilero va tocando un «pasacalles» anunciando el enlace matrimonial que se llevará a cabo al día siguiente.

En la mañana del día de la boda se tiene la costumbre de cantar la «alborada» a la novia. Las mozas son las encargadas, acompañadas por el tamborilero, personaje central en toda la celebración.

Los invitados se dirigían a la casa del novio o de la novia, según por cual de ellos fue invitado. De casa del novio partía la comitiva con los padres, padrinos (que tenían que ser los de bautizo del novio) e invitados, dirigiéndose a casa de la novia. El novio no trapasaba el umbral de la casa, era la novia la que tenía la obligación de salir a la puerta. Una vez allí la novia cogía del brazo al padrino e iniciaban la marcha seguidos por el novio y la madrina también del brazo.

De las contestaciones al cuestionario enviado por el Ateneo de Madrid, encuesta realizada en el curso 1901-1902 y cuyo encargado de la recogida de datos para la provincia de Salamanca fue el catedrático de derecho civil Don Luis Maldonado, extraigo los siguientes datos complementarios: Por lo que respecta a la comitiva el orden era como sigue en alguno de estos pueblos; en primer lugar el tamborilero con el pariente más cercano de la novia, encargado de llevar la «puesta» para el señor cura, consistente en dos libras de carne y un pan de libra y media atravesados por una vara larga que lleva en alto con una mano, y con la otra un jarro de vino. Costumbre bastante extendida es la de ir novia y madrina cogidas cada una a un extremo de una cadena o pañuelo hasta la iglesia.

En algunos sitios los mozos y mozas de novia van primero a buscar al padrino y luego se dirigen a la casa del novio.

Una vez en la iglesia, a la puerta estaba el cura para recibirlos y allí mismo se celebraban los «desposorios» para continuar luego la ceremonia en el interior de la iglesia. Durante la celebración religiosa y en un momento de la misma se ponía sobre los hombros de los esposos un paño primorosamente bordado, dándole la vuelta a la novia alrededor del cuello. Se trataba de una especie de yugo según me aclaró espontáneamente la informante y al acto se le denomina «echar el yugo». En uno de los pueblos que contestaron al cuestionario del Ateneo se hablaba de que les ponían delante un escaño como si de una pareja de bueyes se tratara. Retengámos estos datos pues habremos de volver sobre ellos al referirnos a las bromas de boda.

Después de la ceremonia y en el intervalo hasta el inicio de la comida, se daba un pequeño convite con baile al son del tamboril hasta que comenzaba el ágape. La comida solía ser abundantísima, alternándose con bromas más o menos picantes a los novios.

Según Violant y Simorra, el banquete, es un rito de agregación colectiva universalmente conocido. La misma explicación se da a los bailes rituales de después de la comida, primero con los invitados y luego con los vecinos del pueblo, pero todavía no hemos llegado a este punto.

Finalizado el banquete tenía lugar el canto del «presente» que «es una canción que se canta al final de la comida de boda y a la terminación presentan a la novia, oculto entre dos platos un regalo irrisorio» (Dámaso Lledalma). Los datos de que disponemos al referirse a esta ceremonia hablan que se realizaba a puerta cerrada quedando dentro de la casa sólo los novios, padrinos y padres. Las mozas que cantaban el «presente» lo hacían por la ventana desde fuera, por supuesto con el tamborilero. Copio a continuación uno de ellos:

*«Mira novia ese presente
que sale de la cocina,
el primero que lo destape
te regala una gallina».
«Que viva, que viva,
la flor de la rosa bella
que viva, que viva,
y el galán que la lleva».*

Basilisa Castaño

Al terminar de cantarlo desde la cocina traían un paquetito conteniendo huesos y otros desperdicios, que entregaban a la madrina que tenía que abrirlo, regalando después una gallina a la novia.

Los puros que se repartían entre los invitados tenía obligación de proporcionarlos el padrino. Los padrinos entregaban también las arras.

Seguidamente se realizaba la ceremonia del «respiro». Una vez quitados los manteles y limpiadas las mesas se disponían en forma de «U» reservándose la del centro para los novios y padrinos. En fila los invitados pasaban uno por uno besando al novio o a la novia, según fuera hombre o mujer depositando en una bandeja el regalo. Con el dinero obtenido, prácticamente se sufragaban los gastos de la boda. Esto era sólo para los invitados.

En el baile de los «alfileres» que se celebraba por la tarde en la plaza del pueblo, ya podían participar todos los vecinos que lo desearan. Se bailaba con uno de los cónyuges dando algo «para alfileres». Cada baile no duraba más que el tiempo necesario para hacer la entrega. En algunos pueblos se bailaba con una manzana pinchada en la que prendían el dinero que se daba.

Luego venía la cena, si es que el padrino no obsequiaba antes con una pequeña invitación. Una vez cenados se iniciaba el baile, en un momento determinado los novios con la ayuda de los padrinos se escabullían de la vigilancia de los mozos. Previamente alguna persona de confianza había preparado el tálamo nupcial en algún lugar oculto. Los mozos selen inmediatamente a la caza del sitio. Si logran dar con el lecho antes de que lleguen los novios colocan cencerros y toda clase de objetos sonoros, poniendo entre las sábanas abundante sal. Lo salado y lo picante abundan como condimento muy acentuado. Cito a Violant y Simorra «La sal fecundante, como sustancia generadora, se la considera bendecida y con el poder de ahuyentar a los espíritus malignos. Los obstáculos colocados en la cama posibles impedimentos mágicos a la desfloración, responden a un rito que aún practican algunos salvajes» (p. 302).

Por la mañana, el día de la tornaboda, los padrinos les llevaban a la cama el chocolate, con lo que también desayunaban el resto de los invitados en la casa de la boda.

En este día los novios están obligados a dar un convite tomando ya de manera apreciable la iniciativa como pareja formalmente constituida. Si no dan lo que exigen los mozos se les embroma de forma diversa. Una de las más extendidas es la de uncirlos con un yugo e incluso hacerles arar una porción de tierra. La alusión directa a la pareja uncida al mismo carro hasta la muerte se hace muy clara utilizando para ello la imagen más expresiva y cercana de su entorno. Otra de las bromas que podemos considerar como rituales es la costumbre de la «sangría». Consiste en que los mozos encierran a la novia, madrina y mozas solteras invitadas a la boda, en un pequeño cuarto y sobre una mesa van marcándolas una por una con una especie de cuerno manchado en la punta con una tintura rojiza en la pantorrilla. Contra más resistencia se oponga más arriba se marca. En el partido de Vitigudino les sangran porque dicen que tienen que estar «muy alterados» (aunque aquí parece que se refiere a ambos y no sólo a la esposa).

En general da la impresión de viejos ritos degenerados hasta convertirse en puras bromas, gracias a lo cual han podido subsistir.

La comida de tornaboda también forma parte de la fiesta, aunque en ella la pareja de recién casados sirven a la mesa y agasajan a los invitados abandonando la actitud pasiva del día anterior, dato este muy a tener en cuenta.

En ciertos pueblos y si el novio es forastero la tornaboda se celebra en su pueblo de origen asistiendo todos los invitados como el día anterior.

Por la tarde se corría la rosca, así se llamaba a un baile que ejecutaba una pareja en torno a una mesa cuadrada en cuyo centro se colocaba la rosca o «bollo maimón», que debían de poner los padrinos, muy adornada con diferentes motivos. Al son de la gaita y el tamboril se desarrollaban los pasos muy parecidos a una verdadera persecución.

Solían participar varias parejas y a la que se declaraba vencedora se la entregaba la rosca que debían compartir con el tamborilero.

También se hacían pequeñas roscas similares que la madrina repartía entre los invitados y que sin duda tenía un significado fecundante.

En Retortillo se bailaba la rosca siempre que los padrinos no fueran del pueblo aligerando de esta obligación a los que si lo eran.

En todo el ritual de boda se acumulan aquí y allá con motivos rituales o simplemente festivos, imágenes alegóricas extraídas de la vida cotidiana asimiladas por su significado al emparejamiento, y por extensión al matrimonio. Así en lo relativo a la unión indisoluble como a las expectativas propias de esa unión: fecundidad, abundancia, etc...

Como apunte final, y para terminar diremos que uno de los aspectos sociales de la boda es la emulación. La fiesta tiene que ser lo mejor posible, no se repara en el gasto que pueda acarrear de cualquier forma se busca que la celebración deje un recuerdo en el pueblo.

Los padrinos son quizás los más obligados, los invitados los juzgan según su «rumbo» y ocioso es decir quien lleva la mejor parte. No es de extrañar que algunos padrinos depongan el honor de desempeñar su papel en la boda por la falta de medios económicos que hagan posibles este despilfarro.

Angel Luis Fernanz Chamón

Las informaciones directas las debo a las siguientes personas:

- Basilisa Castaño. Natural de Sepulcro Hilario.
- Alejandro Santos. Nacido en Navacarros y taborilero de Sepulcro Hilario hace años.
- Andrés Carpio. Natural de Sepulcro Hilario.

Los datos de ellos recibidos se remontan, los más antiguos a unos cincuenta años, que son los proporcionados por Alejandro Santos abarcando hasta hace unos 25 ó 30 años debidos a los otros dos informantes.

BIBLIOGRAFIA

Van Gennep. *Les rites de passage*.

Gómez Tabanera. *Les rites de la vie humaine*.

Gómez Tabanera. *El curso de la vida humana en el folklore español*.

En «El folklore español», pp. 67-128.

Llorente Maldonado de Guevara. *Las comarcas históricas y actuales de la provincia de Salamanca*. C.E.S., Salamanca 1976.

Dámaso Ledesma. *Folklore o Cancionero Salmantino*, Madrid 1907.

Sánchez Fraile. *Nuevo Cancionero Salmantino*, Salamanca 1943.

Sánchez Aires. *Breve reseña geográfica, histórico y estadística del*

partido judicial de Ciudad Rodrigo. Imprenta y librería de Castor Iglesias. Plaza Mayor. 21. Ciudad Rodrigo 1904.

Violant y Simorra. *El Pirineo español*. Madrid 1949. Encuesta de la sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid, realizada en el curso 1901-1902 sobre costumbres y tradiciones jurídicas relativas al nacimiento, matrimonio y muerte. Se encargó de la recogida de materiales en la provincia de Salamanca a Don Luis Maldonado, Catedrático de Derecho Civil.